

# Vender a Hitler

**LA MAYOR ESTAFA EDITORIAL DE LA HISTORIA:  
EL ESCÁNDALO DE LOS DIARIOS DE HITLER**



**Robert Harris**

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*Selling Hitler*  
Faber & Faber Ltd  
Londres, 1986

ES POP ENSAYO Nº 23  
1ª EDICIÓN: ABRIL 2020

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Published by arrangement with  
Intercontinental Literary Agency Ltd  
Copyright © Robert Harris 1986  
© 2020 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2020 de esta edición: Es Pop Ediciones

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

**Manuela Carmona**

DISEÑO Y MAQUETA:

**El Pulpo Design**

LOGO:

**Gabi Beltrán**

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

**Huertas**

Impreso en España  
ISBN: 978-84-17645-09-0  
Depósito legal: En trámite - 2020

# Índice

Agradecimientos	7
<i>Dramatis personae</i>	9
Prólogo	13
Primera parte	27
Segunda parte	57
Tercera parte	135
Cuarta parte	307
Epílogo	395
Índice onomástico	407

# Prólogo

El 1 de abril de 1983, día de los Inocentes en los países anglosajones, el distinguido historiador británico Hugh Redwald Trevor-Roper, primer barón Dacre de Glanton, recibió en su casa de campo de Escocia una llamada telefónica del subdirector del diario *The Times*, Colin Webb.

Entre sus numerosos honores, Trevor-Roper había aceptado en 1974 la invitación de convertirse en Director Nacional Independiente de Times Newspapers. Durante nueve años, su teléfono había sonado de manera periódica para informarle de huelgas, despidos y cierres, pero esta llamada no tenía nada que ver con las rutinas empresariales del *Times*. Estaba relacionada con un descubrimiento de gran relevancia histórica. Era estrictamente confidencial. El semanario alemán *Stern*, le dijo Webb, había descubierto los diarios privados de Adolf Hitler.

Trevor-Roper, antiguo profesor *regius* de Historia en Oxford, se mostró sorprendido y escéptico desde un primer momento. «Me dije: circulan tantísimas falsificaciones por el “mercado gris”; falsos documentos de Bormann, falsos diarios de Eva Braun, falsas crónicas de entrevistas con Hitler...». Además, era un hecho conocido que a Hitler le desagradaba escribir de su propia mano y había dejado de coger la pluma prácticamente por completo después de 1933. Hasta donde Trevor-Roper sabía, no existían pruebas —ni en los archivos alemanes ni en las memorias de los subordinados de Hitler— que sugirieran que el dictador alemán hubiera llevado un diario. De haberlo hecho, y en

caso de que efectivamente hubiera sido descubierto, se contaría sin lugar a dudas entre los mayores hallazgos históricos de la era moderna: Hitler era, tal como el mismo Trevor-Roper había escrito, el Gengis Kan del siglo XX, el «genio de la política» cuya influencia genocida sobre la humanidad seguía percibiéndose cuatro décadas después de su muerte. Si, en contra de todo cuanto se daba por hecho, aquella figura diabólica hubiera dejado realmente un *diario*, provocaría verdadera sensación.

Webb le explicó que *Stern* estaba ofreciendo los derechos de publicación seriada a diarios de todo el mundo. Rupert Murdoch, propietario de Time Newspapers, se estaba planteando pujar no sólo por los derechos en lengua inglesa para Gran Bretaña y la Commonwealth, sino también para Estados Unidos. Las negociaciones para su adquisición estaban a punto de comenzar. Mientras tanto, los diarios permanecían a buen recaudo en la cámara acorazada de un banco en Suiza. Webb dijo que Murdoch quería la opinión de un experto antes de realizar una oferta económica por los diarios. ¿Estaría dispuesto Trevor-Roper, en cuanto que autoridad en el período y director de la empresa, a actuar como consejero? ¿Querría volar a Zúrich para examinar los materiales?

Trevor-Roper dijo que sí.

En tal caso, añadió Webb, *Stern* le esperaba en Suiza a finales de la semana siguiente.

Para cuando Adolf Hitler hubo cumplido los cincuenta y dos años, ya no quedaba ningún otro ser humano en la historia que pudiera aportar un precedente de su impacto sobre el mundo. En enero de 1942, mientras él escarbaba en su habitual cena vegetariana en su cuartel general de Prusia Oriental, sus soldados estaban protegiendo bases de submarinos en la costa atlántica, tiritando en trincheras en las carreteras de acceso a Moscú, sudando en tanques en el desierto de Libia. En menos de veinte años había pasado de belicoso político provinciano a conquistador imperial. Estaba recreando el mundo. «Escucha bien lo que te digo, Bormann», anunció un día durante la cena. «Voy a ser muy religioso».

«Siempre ha sido usted muy religioso», respondió Bormann.

Pero Hitler no estaba pensando en sí mismo como en un mero participante en algún futuro acto de adoración, sino como objeto de la misma.

«Voy a convertirme en una figura religiosa», insistió. «Pronto seré el gran jefe de los tártaros. Los árabes y los marroquíes ya han empezado a introducir mi nombre en sus plegarias. Entre los tártaros seré conocido como el Kan».

En cuanto volviera el buen tiempo, le daría la puntilla al Ejército Rojo. Después, impondría un orden que se mantendría «durante mil años». Se abrirían enormes carreteras hacia Rusia y veinte millones de «soldados-granjeros» alemanes establecerían sus hogares en una colonia cuya frontera se extendería cuatrocientos kilómetros al este de los Urales. Los rusos, privados de iglesias y escuelas, educados lo mínimo imprescindible para ser capaces de leer signos y señales, quedarían confinados en enormes ciudades plagadas de enfermedades, vigiladas desde el aire por la Luftwaffe. Crimea sería territorio exclusivamente germano. Moscú quedaría arrasada hasta los cimientos y sería convertida en un lago artificial. Las islas del Canal de la Mancha serían entregadas a la organización Kraft durch Freude (Fuerza a través de la alegría) «pues, debido a su agradable clima, constituirán un maravilloso balneario y centro de salud». Todas las naciones deberían cumplir un papel en el Nuevo Orden Mundial de Hitler. Los noruegos proporcionarían electricidad a toda Europa. Los suizos serían hoteleros. «Aún no he estudiado qué hacer con los suecos», bromeó Hitler. «Finlandia, por desgracia, no tiene remedio». Los opositores serían confinados tras las alambradas de una serie cada vez más extensa de campos de concentración instalados en los territorios del Este. Al primer indicio de disidencia, todos los presos serían «liquidados». En cuanto a los judíos, simplemente «desaparecerían». El futuro era un panorama de conflicto continuo. El primer encuentro de un hombre con la guerra, sostenía Hitler, era como la primera experiencia de una mujer con un hombre: «Por el bien del pueblo alemán, debemos desear una guerra cada quince o veinte años». Y en Berlín,

rebautizada Germania, en el corazón de este imperio de belicoidad interminable, se sentaría el mismísimo *führer*, en una cancillería de granito de proporciones tan descomunales que «uno debería tener la sensación de que está visitando al amo del mundo». El Berghof, su residencia privada en Obersalzberg, acabaría convertido con el tiempo en un museo. Allí, recostado en la cama mientras el resto de la casa dormía, Hitler había hallado la inspiración para sus sueños, contemplando «durante horas [...] las montañas iluminadas por la luz de la luna». Cuando sus sueños se hicieran realidad, aquel sería un destino de peregrinaje para una raza agradecida. «Ya puedo imaginarme a un guía de Berchtesgaden enseñándoles a los visitantes las distintas estancias de mi casa: “Aquí es donde desayunaba”. También puedo imaginarme a un saón dando instrucciones severas: “No toquen los objetos, no desgasten el parquet, respeten la zona acordonada...”».

En el momento de escribir estas líneas ha pasado medio siglo desde que Adolf Hitler y su visión quedaran enterrados entre las ruinas de Berlín. Lo único que en la actualidad queda del Berghof son unos pocos pilares de piedra, prácticamente cubiertos por el moho y los árboles. Sin embargo, las repercusiones de su labor persisten. «*Si monumentum requiris, circumspice*», concluye Alan Bullock en su estudio de Hitler. «Si buscas su monumento, mira a tu alrededor». La división de Alemania, el ocaso del poder británico, el atrinchamiento y la paranoia de la Unión Soviética, la restricción de las libertades en Europa del Este, la interferencia de Estados Unidos en Europa occidental, la creación del Estado de Israel y la consiguiente inestabilidad de Oriente Medio... todo ello, en cierto sentido, nos fue legado por Adolf Hitler. Su nombre ha pasado a convertirse en un sinónimo de la maldad. Incluso el acto físico de pronunciar su nombre requiere una mueca. En 1979, el historiador británico J. H. Plumb lo describió como una «maldición», como la «negra plaga» que eclipsó su juventud:

Para mi generación, el trauma de Hitler se prolongó durante más de quince años, destruyendo vidas, quebrando a seres amados,

destrozando mi país. Por ello, resulta difícil, prácticamente imposible, pensar fríamente en ese rostro pálido y bigotudo de ojos desquiciados, como un Charlie Chaplin de pesadilla. Todavía hoy, cada vez que recuerdo ese rostro y oigo aquella voz aterradora, histórica y chillona, no puedo evitar sentir un escalofrío de desgracia inminente, de desastre y muerte.

No obstante, por duro que nos pueda resultar, debemos entender a Hitler...

En un intento por asimilar este fenómeno, para 1980 ya se habían publicado, según una estimación, más de setenta biografías de Adolf Hitler. Existe el doble de biografías de Hitler que de Winston Churchill; el triple que de Roosevelt y Stalin. Sólo Jesucristo ha sido objeto de más páginas impresas que Hitler. El apetito del público por estos libros es inmenso. En 1974, la biografía de Joachim Fest vendió más de un cuarto de millón de ejemplares en tapa dura sólo en Alemania. Dos años más tarde, *Adolf Hitler*, de John Toland, vendió 75.000 ejemplares en Estados Unidos (a 15 \$ la unidad) y alcanzó la cuarta edición en apenas unas semanas. David Irving escribió que, cuando comenzó a trabajar en *La guerra de Hitler*, «era posible especular que los “libros sobre Hitler” hubieran superado ya, en número global de páginas, las de todos los documentos originales disponibles al respecto. Dicha especulación demostró quedarse penosamente corta». En 1979, la British Library y la Biblioteca del Congreso tenían indexadas más de 55.000 referencias sólo sobre Hitler y la Segunda Guerra Mundial. Aparte, están los libros especializados en su infancia, sus años en Viena y su paso por el ejército; existe al menos media docena de obras centradas específicamente en sus últimos días y su muerte. Se han llevado a cabo investigaciones sobre su mente, su cuerpo, su obra artística y su seguridad personal. Disponemos de crónicas de primera mano transmitidas por su ayuda de cámara, su secretaria, su piloto, su fotógrafo, su intérprete, su chófer y toda una cohorte de adláteres, ministros y generales. Por parte de un médico (Morell) sabemos todo cuanto podríamos querer llegar a saber nunca —y bastante más



aún— sobre los movimientos intestinales del *führer*; por parte de otro (Giesing), el aspecto que tenían sus genitales. Sabemos que le gustaban los pasteles de crema, las rubias tontas, los coches veloces y los paisajes de montaña; que le desagradaba el carmín, el arte moderno, las mujeres resplandonas y el ulular de los búhos.

La abundancia de detalles es abrumadora y, sin embargo, nunca ha servido para terminar de pintar un retrato convincente. A pesar de los millones de palabras vertidas con intención de salvar la sima entre Hitler, la persona, y Hitler, el prodigio político, ambos permanecen obstinadamente separados. «Al final, sólo nos queda un fantasma», escribió J. P. Stern, «un centro de Nada». Este vacío interno ayudó a que Hitler pudiera usarse a sí mismo como herramienta, cambiando súbitamente de personalidad con una rapidez pasmosa para adecuarse a la tarea. El encanto de un caballero austríaco, la brutalidad de un gángster, las diatribas de un demagogo y la seguridad en sí mismo de un diplomático se sucedían en un caleidoscopio de interpretaciones que mantenía a buen recaudo sus pensamientos más profundos. En los años treinta, un asombrado oficial le vio provocarse con deliberada calma un ataque de ira artificial con el único objetivo de aterrorizar a un diplomático inglés; una vez acabado el numerito, regresó junto a sus consejeros riéndose por lo bajini. «Caballeros, necesitó un té. Se cree que estoy *furioso*». Hitler nunca dejó de ser un enigma, ni siquiera para sus colaboradores más allegados. «Pude conocer de primera mano a Adolf Hitler en 1933», escribió Joachim von Ribbentrop al final de la guerra.

Pero, si hoy me preguntaran si lo conocí bien (qué pensaba como político y estadista, qué clase de persona era), me vería obligado a confesar que nunca llegué a saber gran cosa sobre él. De hecho, prácticamente nada. Lo cierto es que, a pesar de haber vivido muchas cosas juntos, a pesar de todos los años que estuvimos trabajando, nunca llegué a tener con él una intimidad mayor que el día que me lo presentaron, ni en lo personal ni en ningún otro ámbito.

«Cuando hay que tomar una decisión, ninguno de nosotros cuenta más que la baldosa sobre la que nos encontramos», le dijo Hermann Göring a un diplomático antes de la guerra. «Sólo el *führer* decide». Y el general Jodl, que pasó junto a Hitler los seis años de la guerra, se mostraba igual de desconcertado: «A día de hoy», escribió en 1946, «aún no sé qué pensaba, sabía o deseaba en realidad». Era un personaje completamente autónomo, misterioso, impredecible, hermético, abrumador. Era, en palabras de Hugh Trevor-Roper, «el Rousseau, el Mirabeau, el Robespierre y el Napoleón de su revolución; era su Marx, su Lenin, su Trotski y su Stalin». Menuda sensación causaría si ahora se descubriera que semejante hombre había dejado un *diario*...

El viernes 8 de abril de 1983, exactamente una semana después de su primera conversación con *The Times*, Hugh Trevor-Roper se presentó en la Terminal 2 del aeropuerto de Heathrow. Allí le esperaba Peter Wickman, el representante de *Stern* en Londres, junto al que despegó rumbo a Zúrich a las 11:15 de la mañana.

Wickman, orondo y dicharachero, demostró ser un afable compañero de viaje, por lo que el historiador de sesenta y nueve años pronto se enfrascó en uno de sus temas de conversación favoritos: la desmedida superioridad de Oxford frente a Cambridge. (En una ocasión había llegado a declarar que abandonar una cátedra en Oxford para ocupar una rectoría en Cambridge era como convertirse en gobernador colonial). No fue hasta que la azafata hubo servido el almuerzo cuando abordaron la cuestión que les había llevado hasta allí.

Wickman le entregó a Trevor-Roper un documento titulado *Plan 3*, consistente en veinte páginas escritas a máquina, encuadernadas con una cubierta de plástico. Basado en los supuestos diarios, relataba las preparaciones de la abortada misión de paz a Gran Bretaña por parte del *reichsleiter* Rudolf Hess en mayo de 1941. El punto de vista aceptado por los historiadores era que Hess emprendió su dramático vuelo por iniciativa propia, pero según las entradas de los diarios citadas en *Plan 3*, Hitler habría estado al tanto de sus intenciones con sobrada antelación.

El 25 de junio de 1939, el *führer* habría escrito:

Hess me envía una nota personal sobre el problema con Inglaterra. Nunca hubiera sospechado que Hess pudiera ser tan perspicaz. La nota es muy, muy interesante.

Otras entradas en los diarios ampliaban la cuestión:

*28 de junio:* He releído la nota de Hess. Simplemente fantástica y, a la vez, tan sencilla.

*6 de julio:* Hess debería desarrollar las ideas que me planteó en su nota y anticipo una reunión cara a cara en breve.

*13 de julio:* He vuelto a hablar con Hess. Tan pronto como haya reflexionado debidamente al respecto, me volverá a llamar. Jamás hubiera creído a Hess capaz de esto. A cualquiera antes que a Hess.

*22 de julio:* Vuelvo a recibir a Göring. Le pregunto discretamente qué alcance tienen nuestros mejores aviones. Hess dice que sería necesario construir uno con especificaciones especiales y que ya está trabajando en los planos. ¡Qué hombre! No quiere que le diga nada más a Göring sobre su plan.

Por último, Hitler habría redactado tres supuestos planes de contingencia:

1. En caso de que la misión acabe bien y sea un éxito, Hess actuó de acuerdo a mis instrucciones.
2. Si Hess es arrestado en Inglaterra como espía, me puso al tanto de su plan, pero lo rechazé.
3. Si su misión fracasa por completo, declaro que Hess ha actuado solo, presa del delirio.

Cuando resultó evidente que la misión de Hess *había* fracasado, el «Plan 3» fue adoptado de inmediato. Ésta, según *Stern*, era la solución a una de las grandes incógnitas de la Segunda Guerra Mundial,

y demostraba que seis semanas antes de la invasión de Rusia, Hitler había realizado un intento genuino por negociar la paz con Gran Bretaña.

Incluso mientras iba tomando notas al tiempo que leía el documento, las sospechas se fueron acumulando en el cerebro de Trevor-Roper. La versión de *Stern* sobre la historia de Hess iba directamente en contra de todas las pruebas disponibles. Albert Speer, por ejemplo, se encontraba en la antecámara del estudio de Hitler en el momento preciso en que el *führer* recibió la noticia de la huida de Hess a Gran Bretaña. «De repente oí un grito inarticulado, casi animal», le había dicho Speer en persona a Trevor-Roper. Posteriormente, éste describiría en su libro *Los últimos días de Hitler* cómo la cúpula nazi había sido convocada con premura al Berghof para debatir el perjuicio causado por Hess; no era precisamente la reacción que uno habría esperado en caso de que Hitler hubiera conocido de antemano las intenciones de Hess. Trevor-Roper le dijo a Wickman que pensaba que el documento de *Stern* era un camelo y Wickman, que llevaba tiempo albergando dudas por su cuenta, se mostró de acuerdo con él.

Cuando el avión aterrizó en Zúrich, al historiador le costó horrores seguir pensando en los diarios con amplitud de miras. Estaba casi convencido de que el viaje había sido una pérdida de tiempo, pero después de haber llegado hasta allí, bien podría al menos echarles un vistazo. Tomaron un taxi hasta el centro, dejaron el equipaje en el hotel Baur au Lac y, mientras Trevor-Roper esperaba, Wickman telefoneó al banco en el que estaban guardados los diarios. El personal de *Stern* ya estaba allí esperándoles. Wickman les dijo que el historiador y él iban de camino.

Poco después de las tres de la tarde, Trevor-Roper fue conducido hasta una sala en la planta baja del Handelsbank de Zúrich. Al otro extremo de una larga mesa, tres hombres se levantaron para recibirle. Uno de ellos era Wilfried Sorge, el agente que había viajado por todo el mundo con intención de vender los derechos de reproducción de los diarios a periódicos de Estados Unidos, Japón, Italia, España y Gran Bretaña. Otro era el doctor Jan Hensmann, director financiero

de la empresa matriz de *Stern*, Gruner + Jahr. El tercer alemán era el obstinado codirector de *Stern*, Peter Koch.

Una vez terminadas las presentaciones, Koch señaló con un gesto una mesa auxiliar. Sobre la misma aguardaban cincuenta y ocho volúmenes de diarios, cuidadosamente amontonados en una pila de más de sesenta centímetros de alto. Otra serie de documentos reposaba en una caja de seguridad metálica. Había un volumen encuadernado de cuadros y dibujos originales. Había incluso un casco de la Primera Guerra Mundial, supuestamente el de Hitler. No se trataba de un simple puñado de notas. Aquello era, según lo describiría más tarde Trevor-Roper, «un archivo completo y coherente que abarcaba treinta y cinco años». Se sintió abrumado por su envergadura.

Cogió un par de diarios. Eran libretas en formato A4 con cubiertas rígidas de color negro. Algunas tenían sellos de cera roja con el águila germana estampada. Otras estaban decoradas con iniciales en letra gótica. La mayoría incluían una etiqueta escrita a máquina y firmada por Martin Bormann que las identificaba como propiedad del *führer*. Las páginas interiores eran a rayas; algunas estaban densamente cubiertas con vieja caligrafía alemana; otras sólo incluían un par de frases; algunas estaban en blanco. Al pie de cada página aparecía la firma de Hitler: una oscilación serrada de tinta negra, como el registro sismográfico de un terremoto lejano.

Los hombres de *Stern* contestaron punto por punto todas las preguntas de Trevor-Roper. Le mostraron informes realizados por tres peritos calígrafos distintos que autentificaban los documentos. Le describieron cómo habían llegado hasta ellos los diarios y le confirmaron que la revista conocía la identidad del proveedor. Con eso le bastó.

Cuando entré en aquella sala del banco suizo [escribió Trevor-Roper en *The Times*] y fui pasando las páginas de aquellos volúmenes, mis dudas se fueron desvaneciendo paulatinamente. Ahora me hallo convencido de que los documentos son auténticos; que los detalles sobre su paradero desde 1945 son genuinos; y que las

crónicas que habíamos dado por buenas sobre los hábitos de escritura de Hitler, su personalidad e incluso, quizás, determinados acontecimientos públicos, podrían, en consecuencia, tener que ser sometidas a revisión.

Veinticuatro horas más tarde, Rubert Murdoch se encontraba sentado en la misma cámara de banco, hojeando los diarios flanqueado por el antiguo director de Reuters, que le iba traduciendo su contenido. La tarde del 9 de abril, les hizo a los encantados alemanes una oferta de tres millones de dólares a cambio de los derechos para todo el mundo.

Lo que sucedió a continuación aparece narrado en detalle en páginas posteriores de este libro: cómo Murdoch y la empresa *Newsweek* se enzarzaron en una atrabiliaria subasta que en determinado momento llegó a inflar el precio de los diarios hasta los 3.75 millones de dólares, hasta que la avaricia de *Stern* y la supuesta falta de escrúpulos de *Newsweek* dieron al traste con el trato; cómo *Stern* consiguió, en cualquier caso, vender los derechos subsidiarios de los diarios a periódicos y semanarios en Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Francia, Italia, España, Noruega, Holanda y Bélgica, mediante un contrato cuidadosamente calculado para exprimir hasta la última gota vendible de Adolf Hitler, dividiendo los diarios en veintiocho extractos individuales cuya publicación habría abarcado más de dieciocho meses; de qué modo se apremió la publicación de la noticia del descubrimiento de los diarios a pesar del creciente número de pruebas que indicaban que parte de las libretas habían sido creadas después de la guerra; y, por último, cómo esta elaborada pero cada vez más inestable pirámide de ventas de derechos y contratos subsidiarios acabó viniéndose abajo dos semanas más tarde debido a un breve informe redactado por el laboratorio de la policía federal alemana.

Los diarios, afirmó un comunicado del Archivo Estatal de la República Federal Alemana el 6 de mayo, no eran meramente falsos; eran «*eine plumpe Fälschung*», una burda falsificación; la confección

grotesca y superficial («*grotesk oberflächlich*») de un copista dotado de «una capacidad intelectual limitada». El papel, la goma y hasta el hilo de la encuadernación habían sido fabricados después de la guerra. Para cuando se hizo pública esta revelación, la directiva de *Stern* había entregado un total de veintisiete maletas llenas de dinero en el transcurso de un periodo superior a dos años para conseguir que su reportero estrella, Gerd Heidemann, se hiciera con los diarios. Cuatro millones de dólares habían desaparecido, haciendo de los diarios de Hitler el fraude más prolongado y costoso de la historia de la industria editorial, empequeñeciendo con facilidad los 650.000 \$ pagados por McGraw-Hill a cambio de la falsa autobiografía de Howard Hughes. Docenas de reputaciones, aparte de la de Trevor-Roper, quedaron dañadas por el fiasco. Al menos cuatro directores de publicaciones de tres países distintos perdieron su empleo como resultado.

El escándalo fue un buen recordatorio del persistente influjo de Adolf Hitler sobre la imaginación del mundo. La noticia del descubrimiento de los diarios generó titulares en todas las naciones; apareció en la primera plana del *New York Times* cinco días consecutivos. Astutos hombres de negocios se revelaron dispuestos a pagar sumas enormes por un material del que apenas habían leído una pequeña fracción. No importaba que el contenido de los diarios fuese superficial y tedioso: bastaba con que hubiera sido redactado por *él*. Los diarios devolvieron brevemente a Hitler al ruedo de la diplomacia internacional, un arma en la Guerra Fría que su carrera tanto había contribuido a crear. Radio Moscú alegó que «este asunto de los diarios de Hitler revela claramente la mano de la CIA». La embajadora de Estados Unidos en las Naciones Unidas, Jeanne Kirkpatrick, sospechaba que los diarios habían sido un producto de los comunistas «para sembrar la desconfianza entre Estados Unidos y sus aliados alemanes». En pleno furor, el Jefe de Estado de la República Democrática Alemana canceló un viaje previsto a Bonn, quejándose de una campaña hostil en la prensa occidental: las repetidas alegaciones de que los diarios habían sido creados en una «fábrica de falsificaciones» de Alemania del Este sentaron rematadamente mal en Berlín. Cuando

el verdadero falsificador, Konrad Kujau, confesó ante la policía el 26 de mayo, resultó difícil de creer que tanta confusión internacional hubiera podido ser obra de aquella figura absurda y desenfadada.

¿Cómo pudo suceder? ¿Cómo acabó gastando una metódica y cartesiana empresa editorial alemana semejantes sumas de dinero en unas falsificaciones tan evidentes, convenciendo de paso a una docena de socios extranjeros para que invirtieran en el proyecto? Para responder a esa pregunta, tenemos que remontarnos más de cuarenta años en el pasado: más allá del mercado de coleccionismo de objetos relacionados con el nazismo, más allá de las actividades de los miembros supervivientes del círculo interno del *führer*, hasta llegar a la figura del mismísimo Hitler, malévolo hasta el final, pero inseguro por primera vez de su destino, preparándose para afrontar la muerte en su búnker en la primavera de 1945.